

América - 30 - 1969 - 1.3

"Pasión y Muerte del Cura Deusto", por Augusto d'Halmar, 3.a edición (Nascimento). Cabría dudar si el "cura Deusto" es la mejor novela de d'Halmar, si debe preferirse "La sombra del humo en el espejo", donde el mismo drama se insinúa más flexible, sin el compás de la historia sevillana, mas no de que se trata de "una real novela con sangre adentro para sentirla circular, cálida, después de medio siglo.

Aún haciendo la prueba a la distancia y sin los ejemplares a la vista, se puede afirmar que el chileno integra decorosamente el tríptico formado por el uruguayo Reyes, autor de "El embrujo de Sevilla", y el argentino Larreta y su "Gloria de don Ramiro", los tres emigrados de América Española amantes de la Madre Patria.

Incluso no pocos que prefieran a d'Halmar. Pero, ¿qué efecto irá a producir en las nuevas generaciones? ¿Hasta qué punto sostendrán su lectura?

Ya vemos el labio indiferente y oímos la voz desdeñosa.

Porque ante todo y cueste lo que cueste, conviene estar a la moda, rebelarse contra algo y demolerlo, disentir, discutir, abrir nuevas sendas, soñar sueños inéditos.

Está bien.

Pero a condición de que cualquiera pueda a su turno discrepar de los discrepantes y que la libertad sea pareja.

Desde luego los avanzados no dejarán de hallar aquí a otro que frecuentó sus mismas sendas, víctima de análoga obsesión, aunque no tan desembozada, sino litúrgica y prudente, como teñida de solemnidad ritual.

El almirante del Buque Fantasma había recibido la herencia romántica Gustábele cierta teatralidad y se sabía fuerte en ella, sin sospechar que se la enrostrarían, no sin justicia, como debilidades. La frase cadenciosa, las oposiciones de imágenes, la rica sonoridad, los finales mirando al auditorio, en una palabra la "pose", la actitud, el papel, evocan al maestro y antepasado magnífico, Señor de las nobles apariencias, que se hizo sepultar bajo una roca oceánica; porque, dice Lemaitre, "tenía hasta el esqueleto vanidoso".

Tiende todo ello a recubrir el fondo humano bajo una costra que enfría a ratos el ardor interno. Pero, no obstante, la invención observada se desenvuelve ágil y los tipos accesorios andan, actúan, no son títeres ni comparsa en torno al héroe atormentado, presa del ambiente. Agítanse y se entremezclan las pasiones, los diálogos y las escenas se suceden, efectivos y una realidad indiscutible late en el conjunto que no ha apagado el tiempo.

El colorido de las ceremonias religiosas y la animación de la fiesta pagana siguen operando su contraste, materializado en los dos mundos del sacerdote y el acólito, el oficiante y el danzarín, la jaula y el pájaro.

El aleteo de la belleza y el amor dominan.

Parado ante el retrato que va reproduciendo

do la gracia del adolescente en flor, el viejo maestro confiesa su derrota. "Como la bondad o la fuerza, el talento no vale sino puesto al servicio de la belleza, porque sólo ella es en sí y por sí, y entre ser el autor de este cuadro o el modelo, yo no me andaría con perplejidades". Suena, así, de cuando en cuando, el tañer de las sentencias. Pág. 204: "¡La lluvia!" ¡La lluvia! La casa, la ciudad, tal vez el universo dormían entre la sombra duplicada de la negrura y de la lluvia. Los espíritus de esas tres noches únicas retozaban en libertad y parecían enhechizar aquella prima hora de un Jueves Santo. Erán ellos los que cautelosamente insinuaban sus perfidias en los corazones débiles. Erán ellos también los que insinuaban con su encantación, de sirena, que nuestra debilidad es nuestra fuerza; que vencerse a sí mismo es derrotarse a uno mismo, y que donde se halla nuestro amor, allí y no en otra parte, se halla nuestra vida y la razón de ser de la vida".

Reiterada profesión, de fe romántica que coincide con el ropaje literario; pero que de ninguna manera excluye la verdad del fondo.